

La paz y la recomposición del movimiento popular-alternativo

1. Los procesos organizativos por la paz se cruzan en todo el país con dinámicas territoriales que están recomponiendo los escenarios de la economía y de la política. Tales dinámicas político-territoriales son diversas, pero algunas vienen siendo más impactantes para la construcción de las experiencias de paz del orden local.

La más importante es la reacción desde una óptica de reordenamiento territorial comunitario y/o local al ordenamiento corporativo-empresarial del territorio, que es la forma política contemporánea del capital. Lo cierto es que se trata de una intuición política crecientemente arraigada en las organizaciones populares. Hace un par de décadas la preocupación central de las comunidades era la denuncia de los procesos de privatización del territorio, una especie de oleada neoliberal a la cual se respondió con acciones defensivas de los derechos que estaban en riesgo. Pero una vez salidos de la perplejidad política por esa arremetida, las organizaciones pasaron a una etapa de diagnósticos territoriales; se trataba de entender cómo se daban los cambios en la producción y organización del espacio y sus implicaciones en las formas de lucha, de interlocución con el Estado y el mercado; fue la etapa del mapeo popular, de la identificación de espacios de resistencia frente al ordenamiento corporativo del territorio, del re-conocimiento de las condiciones de vida, potencialidades productivas y sociales, etc.

En la actualidad lo que se pone en evidencia es una nueva oleada de acciones por el ordenamiento territorial popular. Y no se trata solo de denuncia y resistencia, sino un paso adelante en la disputa por el poder territorial. El OT se concibe de forma más explícita como distribución del poder político sobre el espacio, y no solo como cambios en las formas de inserción administrativa o como peleas por radicalizar la descentralización. Todo ello está marcado por una visión compleja de la correlación de fuerzas en términos de conocimiento del espacio, concepciones territoriales, etc., que abrevan en la larga experiencia indígena de los últimos 50 años.

Un segundo proceso territorial que está marcando las experiencias de construcción de paz, sobre todo en el ámbito rural, es el tránsito muy posible hacia la ampliación de áreas de las zonas de reserva campesina ZRC, y eventualmente otras figuras territoriales como los “territorios campesinos”. Por débil que resulten la negociación de La Habana sobre la materia, o por poco avance que tenga la lucha de la Asociación Nacional de Zonas de Reserva Campesina ANZORC y de otras organizaciones que promueven ZRC -se calculan cerca de 100 ZRC en procesos de construcción de hecho, de gestión o de reclamación-, en el mediano plazo vamos a tener entre 4 y 5 millones de hectáreas con esas figuras territoriales. A lo cual debemos sumar el hecho de que en el corto plazo se pueden concretar por fin las Entidades Territoriales Indígenas ETIs, a la luz de las negociaciones actuales de ONIC y gobierno.

En tercer lugar, los ordenamientos territoriales urbanos pueden tener un nuevo auge a razón de la reciente experiencia de Bogotá impulsada por Petro. Los POTM habían perdido todo su atractivo por la escasa atención que tenían para las comunidades, habida cuenta del carácter poco efectivo de sus normas. Pero la intervención sobre las zonas de construcción de vivienda popular, el incremento de los impuestos de catastro, las normas para restringir la ampliación de urbana, etc., aparecen nuevamente como opciones en el repertorio de acciones territoriales para ampliar la inclusión social, reducir la conflictividad asociada con el empobrecimiento, etc.

Un cuarto proceso territorial que desafía a las organizaciones que construyen experiencias de paz es un replanteamiento productivo desde las comunidades campesinas, afros e indígenas, que se convierte en un desafío profundo a los propósitos corporativos en el campo y al modelo del agronegocio que

promueve el gobierno nacional. En efecto, la lucha por conformar territorios libres de transgénicos, por establecer bancos de semillas y recuperar las bases agroalimentarias locales, no es solo una apuesta marginal en un mar de plantaciones forestales, cultivos transgénicos y explotación de la diversidad, sino una verdadera propuesta alternativa que se conflictúa de forma muy fuerte con el modelo agrícola imperante. En este punto las plataformas y redes socio-políticas de agricultura orgánica son un referente generalizado y han ganado ideológicamente en el campo popular. Un ejemplo de ello es la forma como los sectores agrarios del campo popular-alternativo identificó de inmediato la limitación de la plataforma de las Dignidades papeas, con su énfasis en agrotóxicos.

2. La enorme movilización de “los de abajo” que hemos presenciado entre agosto y octubre de 2013, va más allá de lo organizado en las grandes fuerzas sociales y socio-políticas populares (Congreso de los Pueblos, Comosoc, CUT, Mane, Marcha Patriótica, etc.). Es muy importante que nuevos sectores se sumen a las luchas populares, porque indican un sujeto que asuma la terminación de la guerra. En ese contexto resulta torpe e inútil que algunas organizaciones políticas y plataformas sociales insistan en aparecer como sus representantes por un propósito corporativo de corto alcance; pues se trata de una dinámica emergente que no debe ser “representada a la fuerza”, sino y sobre todo estimulada para que adopte y despliegue las nuevas formas de unión y organización que va adquiriendo el movimiento popular.

La agenda de la movilización ha resultado ser más radical que la agenda de las negociaciones. En ellas aparece claramente la centralidad de la lucha popular contra el neoliberalismo y de la desobediencia popular; se muestra que la correlación de fuerzas para el movimiento popular es más favorable en el campo social que en el campo militar; lo que significa que la terminación de la guerra podría darse en condiciones de preservación de los acumulados populares, e incluso de avance.

Se ha puesto en evidencia que las formas de organización o articulación social promovidas o legitimadas por el Estado para contener lo popular están en crisis. Ya es historia conocida el agotamiento de la Federación de Cafeteros, de Fedepapa e incluso de las llamadas “Dignidades” como expresiones de los campesinos medios; pero podría ampliarse tal caracterización al papel de “contención de lo popular” que adquirieron organizaciones como la CUT o Fecode (en general el sindicalismo) que también fueron superados por la protesta.

Por otra parte se hace cada vez más claro el interés de los nuevos actores políticos por realizar acciones con otro sistema de significado. Tal el caso de acciones no violentas en sus protesta; y de los actores políticos consolidados por reconocer que se trata de formas no solo legítimas sino altamente promisorias para enfrentar al sistema político. Frente a eso fue evidente que se viene un período de abierta provocación de la fuerza pública para destruir estas nuevas formas de protesta pacífica; sabiendo eso, podemos aprovechar su desespero y poner en evidencia su estrategia criminal. En este contexto el desafío ha sido dotar al movimiento popular de los métodos de lucha más eficaces en una posible sociedad sin conflicto armado interno, que es el escenario que se avizora.

Pero lo más importante del contexto es que se ha roto la legitimidad del neoliberalismo y de los TLCs. Nadie defiende los TLCs, salvo sus apóstoles de siempre. Podemos y debemos retomar la iniciativa contra el libre comercio. Al respecto, estas movilizaciones sociales confirman que las posibilidades de construir una alternativa política democrática están en la politización de lo social, la coordinación de esos liderazgos y en la superación de un camino puramente parlamentarista.

3. Obviamente las negociaciones para terminar el conflicto armado en Colombia son el elemento contextual más importante. Pero, paradójicamente, en las reflexiones comunitarias el diálogo entre

gobierno y las FARC no aparece con la relevancia que se esperaría ¿Por qué no aparece? La lectura sobre esta omisión, más que preocupante debería ser optimista, porque expresa una idea cada vez más fuerte entre el movimiento social de que la construcción de poder real popular es más determinante que los resultados de esa negociación. En otras palabras, las luchas y levantamientos de los campesinos, indígenas, indignados urbanos, han entendido que la paz y el post conflicto es un asunto del movimiento social más que del movimiento armado.

Las grandes movilizaciones agrarias de agosto-octubre de 2013, desarrollando temas similares a los que se abordan en La Habana y eventualmente en Montevideo, mostraron que puede haber un tránsito no-negativo hacia la etapa nueva de las luchas populares cuando vivamos el receso de la estrategia armada para la superación del capitalismo. Eso se corrobora con movilizaciones como las de Bogotá. Dependerá del Estado que la lucha armada de la derecha sea abandonada por los sectores que la defienden, y de los ex combatientes que entiendan que los nuevos sujetos sociales y políticos se están configurando.

En buena medida esto parece corresponder a que la sociedad popular tiene un programa maduro para gobernar, lo que va a implicar una seria dificultad para las vanguardias políticas, pues el movimiento social espera más una expresión política que una dirección política. Efectivamente, el programa popular es más amplio y radical que los posibles acuerdos de La Habana, como se evidenció en las movilizaciones citadas, centradas en la lucha popular contra el neoliberalismo y organizadas en torno a la desobediencia popular, y que evidenciaron una mejor correlación de fuerzas en lo social que en lo militar. Esta situación es clave porque significa que la terminación de la guerra podría darse en condiciones de preservación de los acumulados populares, e incluso de avance de éstos.

Lo anterior resulta muy entendible, puesto que las negociaciones de La Habana no van a resolver el problema del acceso a la propiedad de la tierra. Más allá de las intenciones de los actores sociales y políticos, las ZRC tienen un evidente énfasis en áreas de frontera agrícola y poco van a afectar las zonas de elevada concentración del latifundio. Incluso el proyecto de ley agraria alternativa desapareció de la agenda, y todo indica que más bien en una probable Asamblea Constituyente los Territorios Campesinos e Interétnicos estarán sobre la mesa; parte de este avance dependerá de cuánto de autonomía arranquen esos diálogos a las ZRC. De todos modos, el camino ya está abierto y es inevitable que se piense en un nuevo ordenamiento territorial por lo menos en el campo.

Gran parte del desafío del post conflicto será que esta dinámica de madurez programática logre superar el impacto de los acuerdos, pues se creará una especie de optimismo post conflicto, que tiende a que las comunidades vayan al centro político a disputar recursos y participación política. Nos encontraremos - por un tiempo- en una etapa de poca radicalización programática, aunque sí de radicalización de la movilización.

4. ¿Estamos ante la emergencia de un nuevo sujeto y de nuevos métodos de lucha popular? Como vimos, frente al desmonte de las soberanías territoriales estatales, se refuerza la creciente conciencia y práctica territorial del movimiento social, especialmente en el campo. Todos los actores populares combinan sus reivindicaciones de coyuntura con exigencias por impulsar o legitimar procesos de autonomía territorial, que incluyen construir procesos de autogobierno y formas de control territorial, avanzar en procesos de justicia propia y sistemas de resolución de conflictos comunitarios, o en la lucha por nuevos órdenes territoriales. Adicionalmente, crece -ya no solo entre los activistas ambientalistas- sino en los liderazgos y organizaciones populares, la conciencia de incorporar una nueva visión de respeto y relación armoniosa con la naturaleza; se trata de otra concepción de naturaleza y de comunidad que apalanca la lucha contra la globalización y el capitalismo; por lo

mismo, este nuevo sujeto tiene como marca de nacimiento el “solidarismo”, un enfoque para recuperar y superar el “colectivismo” del siglo pasado. Tal sujeto territorializado viene a combinarse en las grandes ciudades del país con un hecho irreversible, que es el crecimiento de un sector social con sentimientos antioligárquicos.

Se trata de la consolidación de un sujeto que podríamos llamar “ecosocial”, presente en las diversas luchas contra megaproyectos de infraestructura y explotación de recursos naturales, que de forma profunda desarrolla una estrategia anticapitalista y contra los efectos depredadores del capital.

Ligado a emergencia de un nuevo sujeto está la emergencia de nuevos métodos, o más bien, se trata de la generalización de un método que podríamos llamar de “la inmanencia del acto político”, una verdadera superación de la lógica trascendente de la acción política en gran parte del siglo XX, ése que se acompañaba de la frase “mañana, cuando la revolución, etc”. Tal método combina principios como la acción directa, la decisión de que los derechos sean garantizados directamente por los sujetos comunitarios, la opción porque la buena vida sea ahora. Y este nuevo sujeto viene con una característica refrescante. Se trata de un sujeto sin miedo, que ha superado en buena medida el discurso victimista de la etapa de lucha contra el paramilitarismo, y se centra en uno más relacionado con el de sujetos constituyentes.

5. Otro elemento clave del contexto es la búsqueda explícita por la unificación de las luchas y la articulación de los procesos desde lo local-territorial, que varios actores promueven, tales como el Congreso de los Pueblos, Comosoc y la Marcha Patriótica. También son corrientes las mesas regionales de articulación social (Putumayo, Huila... Costa Atlántica) o las redes sectoriales. Pero este proceso se da en medio de una enorme desconfianza de procesos de base frente a las lógicas partidarias, de manera que se participa desde un lugar de leve compromiso político, enfatiza en su carácter plural hasta el límite de no sumarse a procesos nacionales, o detenta un excesivo cuidado en no dejarse marcar por una corriente ideológica. Lo que por cierto aumenta la dependencia frente a procesos políticos u organizaciones o plataformas o nacionales, que marcan la dinámica.

Adicionalmente, aunque se avizora la conformación de una única plataforma de lucha popular a partir de los procesos nacionales anotados, éstos deben superar varios problemas: el hecho de ser procesos fuertemente vinculados a fuerzas políticas, el que se encuentran inmersos en la construcción de plataformas de diverso carácter, y que en algunas zonas agrarias se requiere que en el campo se resuelvan los conflictos por la tierra y por los modelos de ocupación espacial. Y sobre todo implica un proceso de re-unificación de las izquierdas políticas (socialdemócratas y socialistas) y de las izquierdas sociales, que se debería discutir en el proceso electoral de 2014-2015.

La coyuntura electoral por cierto estará marcada por la contradicción entre procesos de masas y los procesos políticos. Los Progresistas, que inicialmente con Navarro se habían corrido a la derecha justo cuando la gente se corrió a la izquierda en las jornadas de agosto, tuvo que regresarse cuando el ataque de la derecha contra Petro impuso una nueva agenda política nacional. Por su parte, el Polo excluyó a izquierda revolucionaria, justo un mes antes de que se iniciara el diálogo, y se quedó por fuera de un espacio de diálogo político del conflicto armado, es decir, del tema clave del momento. Para justificar su decisión, termina por deslegitimar la negociación y empujando al electorado de centro en manos de Santos. La izquierda socialista es muy débil para articular a su alrededor, y alguna se quedó en el Polo. La posibilidad más realista es que todos posiblemente van a perder.